

ROBERTO DE LAS CARRERAS

POR

SAMUEL BLIXEN

Va por la calle como todo el mundo: usa paletot claro, una corbata de seda roja y un sombrero inmenso de alas anchas. Su excentricidad en el vestir no es tanto que llame por sí sola la atención. Tiene veinte años; una mirada penetrante y gris como la hoja de un florete; hermosos bucles dorados sobre su ancha frente de poeta, y una boca sensual, que parece hecha para murmurar perezosamente cálidos versos de amor. Es un Antonio disfrazado a la inglesa, y que podría permitirse los caprichos de Brummel y hasta vestirse de arpillera como D'Orsay, sin parecer ridículo. Es un talento singular, y es un carácter más singular todavía. Podría definir a Roberto de las Carreras diciendo que es un hombre que no hace nada, absolutamente nada, de lo que hacen los demás. ¿Hay otro que pugne como él la ilegitimidad de su nacimiento? ¿Hay otro que la ostente como quien ostenta un ramillete de rosas en el ojal de su yaquet? . . . Otro caso. Tuvo a los diez y siete años su novela pasional con los tres consabidos capítulos: Frenesí, Aburrimiento y Olvido. Pasó el tiempo, y un día se colocó frente al cañón de una pistola, por la mujer que había amado. . . y que le era ya indife-

rente! Otro caso más. Recibió una herencia hace unas semanas, y lo primero que hizo fué citar a sus amigos... para pagarles todas sus deudas!... Acusa todo esto un carácter altivo, caballeresco y generoso, que no deja de ser simpático en su afán de abrirse paso, entre la muchedumbre vulgar, no con maneras corteses, sombrero en mano, y con palabras de súplica, sino atropellando por todo, y apartando los estorbos a empujones y codazos. Para mí, de las Carreras es hoy el espíritu más independiente de la literatura española. No tiene vínculos con nada ni con nadie; no respeta preconceptos ni ideas; no conoce trabas ni reatos. Burns deseaba ser una de estas dos cosas: o el caballo árabe que cruza a todo galope la inmensidad del desierto, como representante de la libertad absoluta, o la ostra humilde, eternamente pegada a su oscuro banco de piedras submarinas, como representante del absoluto reposo. De las Carreras no podría admitir el dilema del gran poeta inglés. No ha nacido para molusco.

Más excéntrico aún que el espíritu, es el talento singular del poeta. Toda inteligencia tiene una patria, una ciudad natal, una aldea de origen. De las Carreras no tiene siquiera un aduar hacia el cual deba volver de cuando en cuando los ojos y el recuerdo; no tiene, en su Tebaida, ni una choza, de la cual pueda decir: "Ahí vivieron los padres de mi intelecto". Porque nadie podrá jurar que se parece a Byron, por más que sea necesario remontarse hasta el **Don Juan** para encontrar poesía tan burlona, tan cruel y tan divertida como la suya. Y el parecido con Musset es más aparente que real, porque hay en el sarcasmo de nuestro poeta, un singular encanto: el de lo inexplicable. No ha sufrido aún, puesto que apenas comienza a vivir: ¿de dónde le viene entonces esa obsesión del dolor que

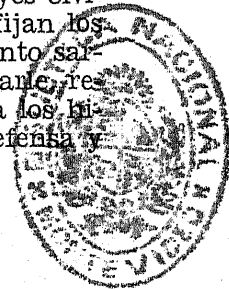
hay en su alma melancólica? Desde Byron a Bartrina la poesía amarga es sólo una manifestación intelectual del hombre que lucha desesperado contra el adverso destino; pero Roberto de las Carreras no es un alma vencida, ni un espíritu abatido, ni un corazón vacilante. Es un luchador que se presenta en la arena con los bríos y la gallardía de un púgil de los antiguos juegos. Pero en el calor de la pelea, reparte sus golpes, con el insulto, la imprecación y la blasfemia en los labios. Tal vez lo hace para reaccionar contra la melancolía ingénita y contra el fastidio, "ese monstruo delicado" que se apodera poco a poco del espíritu, encerrándolo en la red de sus tentáculos invisibles. La lucha es una necesidad instintiva para quien, al sondar las penumbras de su fuero interno, no encuentra sino un hacinamiento de brumas grises y la espantable oscuridad de la noche que avanza. La juventud del cuerpo trata de sobreponerse a la vejez del alma, y es curioso ese combate entre las actividades y los entusiasmos físicos que nacen de la sangre ardiente y el desaliento que cae gota a gota, como una helada filtración, sobre esas impetuosidades juveniles. Hay alegría en el músculo y en el nervio; hay tristezas incomprensibles en la idea y en el pensamiento. ¿Quién sabe si en el fondo de la sombría desolación no existe algún extraño deleite? **Sunt quoque gaudia luctus**, dijo el autor de **Los Tristes**. Y hay almas que, como los albatros, ansían la borrasca, y vuelan complacidas sobre las turbulencias de la pasión irritada, y gozan al mecerse balanceadas por el vendaval de los ímpetus, y se refugian en la nube oscura del odio donde ruge más amenazador el trueno y donde estalla más terrible la luz cárdena de los relámpagos.

En esta predilección por los sentimientos moralmente sombríos, hay algo de siniestro, de satá-

nico. Es la tendencia hostil a las preocupaciones sociales que el tiempo y la costumbre han consagrado. Es la negación sarcástica y blasfematoria de las grandes verdades, que son, para la conciencia, como un faro rutilante, indicador del camino. Hace veinte años la audacia consistía en dudar. . . ¡pobre audacia que hace parecer pusilánimes y ridículos a los que ayer se consideraban espíritus fuertes! Pero hay mucho de afectación en el prurito de manosear sacrílegamente esas vetustas preocupaciones de la humanidad, que son como veneradas reliquias del sentimiento honesto y de épocas más sanas. Es la exageración de las extravagancias con que Theo procuraba solamente épater le bourgeois, y con que Wienbarg quería pisotear a los filisteos, die philistiner zertretten. Cuando uno de los actuales decadentes ofrece una bofetada al Cristo para probarle que no existe,— no hace más que afectar una pose un tanto ridícula. ¡Negar a Dios! . . . ¡Vaya una novedad para los que niegan a la madre, y con la madre al hogar; para los que niegan al Amor y sólo comprenden las brutalidades del sexual instinto; para los que niegan a la misma naturaleza, puesto que la empuñan y la degradan! Todo eso, en último caso, no sería más que una interpretación equivocada y dolorosa de la vida, interpretación más o menos pasajera, como todas las modas del pensamiento. Hay decadentes que usan la negación absoluta como usarían guantes amarillos y sobretodos hasta los talones. Pero hay otros espíritus para quienes la negación es la fe al revés, y que sinceramente van a estrellarse contra las grandes verdades brilladoras como los pájaros nocturnos contra los vidrios iluminados de las altas torres arropadas por las tinieblas. Confesamos que hay algo de inmenso en ese indomable espíritu de protesta, cuando nace de una convicción pro-

funda y sincera. Tiene algo de la sublimidad de Luzbel cantado por Richepin. Podría decir como aquel: "C'est moi qui vibre dans toute âme révoltée. — Dans tout âpre génie où vous voyez un fou! — C'est moi le noir Cain et c'est moi Prométhée — le sublime filou! . . . Hay para mí, en esa enorme angustia del corazón que interroga a las cosas insondables y que tiene el inagotable deseo de comprender los misterios clausurados al humano esfuerzo — algo tan hermosamente trágico y tan levantado, que impone respeto y obliga a la admiración. Son terribles, pero patéticos, los arrebatos de esas almas rabiosas, que se niegan a saciar su sed inextinguible en los frescos y consoladores raudales de la fe. La generalidad de los hombres, son para mí como la poética Yolanda, la hija del rey Renato, en el extraño drama de Hertz: están ciegos, y como ni siquiera sospechan que lo están, viven felices en la oscuridad que los rodea; sin la intuición de que existe en torno suyo el esplendor de la luz y la magnificencia de los colores. Hay algunos, sin embargo, que tienen la certidumbre de que la luz existe, y en su furioso anhelo de ver, en los afanes de la propia impotencia, procuran destrozarse con los dedos crispados el velo que cubre sus pupilas, y se consumen, y se martirizan, y concluyen por arrancarse los ojos de las órbitas, en la cruel desesperación de no percibir los nimbos y las auroras que han sospechado!

De las Carreras es quizás de estos últimos. Hay en el fondo de todas sus poesías la intuición dolorosa de verdades que no comprende. Las leyes civiles le parecen absurdas y crueles, cuando fijan los derechos de los hijos naturales. Con un acento sarcástico que el mismo Byron pudiera envidiarle, rechaza el estigma que la sociedad impone a los hijos del Amor. Hace, por el contrario, su defensa y



su apología, y va más allá que el general Mansilla, cuando éste dice, de su abuelo: era bastardo y, **por tanto**, hombre de suerte y de ingenio". A su condición de hijo de una culpa, atribuye el propio espíritu levantado y fuerte, y la libertad de su talento y de su carácter. No cree en el matrimonio; se ríe de los maridos que tienen esposas bonitas; invita a estas últimas a pasar el Rubicón del pecado dulce, y proclama audazmente la libertad absoluta de amar. Y así, en versos un tanto ásperos, ha dicho sencillamente cosas satánicamente monstruosas. Su burla cruel no respeta ni a las mujeres que amó en sus horas de ensueño o de deleite, y en los arrebatos de una depravación curiosa, ha cantado a una rubia hija del Norte, para cantar después a una seductora parisiense y a una italiana de ojos de fuego y dientes mordedores.

Mañana, como Baudelaire, llegará tal vez a cantar a la Venus Negra. ¿Es posible calcular a dónde irá esa fantasía excitada, que ha emprendido una carrera loca por el campo de la despreocupación actual? No hay, entre los poetas de este siglo, quien se haya atrevido a vaciar en el molde del verso, enormidades semejantes a las suyas. ¿Espronceda?... Es un seminarista tímido al lado de nuestro poeta. ¿Bátres y Montufar?... Es sólo un hábil narrador de escenas libertinas, que no tienen importancia moral ni filosófica... En todo su famoso poema **El Reloj** no ha puesto una sola idea que asuste: en cada poesía de Carreras hay, por lo menos, una docena. Y si es cierto que toda alma debe tener un altar y un culto, ¿cuál es la adoración de este poeta sarcástico y cruel? No tiene, como los demás, el recurso de desahogar la virilidad de su espíritu, en el estudio de los grandes intereses sociales; no cree en la política, no cree en las ciencias, y casi estoy por afirmar que, siendo literato, no cree en la literatura. Nunca le he oído ha-

blar de la Patria; supongo que la respeta, cuando no la ha insultado. ¿Espera en la gloria? No lo creo; sabe que no escribe sino para un grupo selecto y reducido y que la gran mayoría del público — la que hace y deshace reputaciones — no lo comprenderá jamás. No ha habido otro escritor que trate a sus lectores con tanto desprecio. El autor de **Las Horas del Mal** — ¡vaya una gracia! — habla del "hipócrito lector, su hermano y semejante": De las Carreras dice redondamente: "Lector, eres una bestia!" y se queda tan tranquilo. Esa altivez tiene algo de genial; casi todos los **incomprendidos** han atravesado la vida, con la misma sonrisa de soberano desdén en los labios, y con el mismo afán de pisotear el orgullo de las multitudes enanas. Y sin embargo, no creyendo en ninguna de las fórmulas habituales de la fe, Carreras tiene otra fe individual completamente suya, que le incita al trabajo, pone la pluma en sus manos, enardece su cerebro enfermo y le dicta hermosos versos al oído. Esa nueva musa es la **Egotetría**: es la confianza en sí mismo, es la convicción ciega de que con la propia inteligencia está el remedio para sus dolores, el leitívivo para la sed de verdades que lo aflige y el consuelo para el ansia de lo imposible que lo consume. Villier de L'Isle Adam, otro gran incomprendido, decía: "Si deseas la verdad, créala! Nunca será más que una ilusión tuya. Lo que existe es sólo Fe!" Ese es el último recurso de los descreídos: la fe que les falta para creer en las verdades externas, les sobra para consolarse en las fantasías de la propia imaginación!

Esa egotetría de las Carreras, es, según Max Nordau, uno de los síntomas acusadores del decadentismo. ¿Bastará para decir que nuestro poeta es un decadente auténtico? No me atrevería a afirmarlo. Ególatras son todos los poetas verdaderos

de nuestro siglo. Los temas generales y abstractos están agotados de mucho tiempo atrás. La Bruyère en su época, constataba ya amargamente que "todo está dicho, y que venimos al mundo demasiado tarde después de los siete mil años en que ha pensado el hombre". ¿Quién habla de Dios, después de haber hablado Víctor Hugo? ¿Quién habla de la patria después de Mickiewicz? La verdadera fuente de inspiración está en el hombre, pero en el hombre **individual**, y en el estudio sincero y profundo del propio yo.

"El que no se estima en mucho, no merece que lo estimen en algo", ha dicho un novelista. La poesía que buscaba inspiración escalando los astros, siguiendo a las nubes en su variable vuelo por el espacio, conversando con los ángeles, tutéandose con el Infinito, oyendo las confidencias de las brisas o de los arroyuelos e interpretando el lenguaje simbólico de las flores, es ya una poesía pretérita, que ni convence ni emociona. Toda la inspiración se ha concentrado en el hombre. ¿Hay cielo más poético, más engañoso y más azul que sus esperanzas? ¿Hay infinito más vasto que el de sus anhelos? ¿Hay flores más perfumadas que sus deseos de amor? ¿Hay auroras más sonrosadas que las de sus ilusiones? ¿Hay borrascas más trágicas que las de sus desdichas? Lo abstracto y lo ideal nos dejan indiferentes en esta época de positivismo; sólo nos conmueve lo individual, el **hecho** acaecido y revelado con la lealtad de una confesión. El poeta actual no se remota ya al empíreo, como en las épocas románticas: desciende a los antros de sus aflicciones. Como la herencia del Moro, en el famoso cuento de Irving, el tesoro de las ideas nuevas, está abajo, escondido en las profundidades, y hay que cavar en la propia conciencia, para dar con él. Y para quien se dedica de buena fe a ese penoso trabajo, el tesoro es inagotable. ¿Puede decirse que

esa labor significa una decadencia? Yo creo que, por el contrario, conduce al progreso. Lo que a mi modo de ver, acusa una similitud entre de las Carreras y los decadentes del momento actual, es eso que Mandsley llamaría su **moral insanity**. Complicada con su "emotividad", y con su "adinamia" típicas. Pero la perversión moral de los decadentes es más ficticia que real, — y, lo repito — de las Carreras es profundamente sincero. Fuera de eso: nunca leyó lo que el decadentismo ha producido en los últimos años. No conoce a Glatigny, a pesar de que, como él, se sumerge "**dans les gouffres du vice et des plaies lamentables**"; no conoce a Verlaine, no conoce a Baudelaire, no conoce a Richelpin, no conoce a Rollinat... Si fuera decadente, sería un caso esporádico en América, un **mirlo blanco**, por su completa desvinculación con los escritores de Europa. Y luego: el síntoma característico de los pretendidos reformadores de la poesía, es la preponderancia de la forma sobre el fondo, mientras que nuestro poeta se cuida mucho más de las ideas que del verso, del verso que hasta ahora ha sido en sus manos, tosca arcilla mal trabajada.

Y por último, no hay en su físico, ninguno de los "estigmas" de la degeneración: sus orejas son como las de todo el mundo; no adolece de "asimetría" ni de estrabismo; no tiene "hocico de liebre", ni separados y feos los dientes. No encontraría en su hermoso rostro romántico, un solo síntoma acusador, ni el mismo señor Lombroso, con su enorme caudal de pedantería científica.

En los últimos tiempos el poeta ha trabajado con más esmero la forma de sus versos. No puede decirse de él todavía "que las abejas de Tesalia cantan rumorosamente entre sus labios de oro", pero su estrofa, que antes era dura, es ahora sonora y melódica, su frase es pulcra y correcta, y han

desaparecido en ellas las cesuras forzadas y aquella acentuación defectuosa del metro, que tanto afeaban las primeras composiciones de de las Carreras. Este es hoy uno de los pocos que saben decir cosas interesantes en una forma hermosa. Sus originalidades son siempre crueles e incisivas: surgen de pronto, en medio de una estrofa, como salta un esgrimista sobre la plancha, provocativo, audaz, con la punta del florete a la altura de los ojos, con el brazo nerviosamente tendido, pronto al ataque y a la defensa. Comprendo que, para muchas almas timoratas, sea antipático por su petulancia y su *cranerie* este muchacho imberbe en quien, los menos perspicaces y menos envidiosos, ven ya una de las futuras glorias de la literatura americana. Pero esa enorme petulancia, está sostenida por un talento también enorme, y eso la disculpa y legitima en cierto modo. Son muchos los que se atreven a decir ciertas cosas, pero son muy pocos los que saben decirlas de tan portentosa manera. Está generalizada la idea, entre nosotros, de que de las Carreras es un desequilibrio; algunos van hasta la afirmación de que sólo las duchas y la camisa de fuerza calmarían las turbulencias de su espíritu. El podría contestar como Poe: no soy un loco; soy un nervioso! . . . Hay quien cree que su demencia literaria (así la llaman) es la evidenciación de ciertas leyes naturales; otros, que es el resultado de los abusos de excitantes que le procuraron, como a Quincey, como a Baudelaire, una vida ficticia de deleites en paraísos artificiales. En eso hay un poco de calumnia, como en todas las apreciaciones de este bajo mundo, y tanto las extravagancias como las originalidades del poeta son más bien resultado de una premeditación malsana, engendrada durante dolorosos y tristes insomnios, que hijos de la dulce postración del espíritu producida por la morfina y el opio. Hay en los vergeles de la imagi-

nación de este poeta muchas flores ponzoñosas, pero en cambio ¡cuán hermosos son sus colores! ¡cuán raro y sutil y delicado es su perfume! Su producción entera — incluso las peores composiciones de su manera primitiva — es un continuo derroche de talento. El joven poeta es lo que llamaba Wendell Holmes “una regadora de ideas”. Las esparce sin cuidado y sin hacer economías: en su rincón solitario acuña moneda propia, con su sello personal, y la echa a rodar por el mundo, sin preocuparse del destino que lleva. . . ¿Es este desprendimiento un síntoma de locura? Tal vez, pero la cuestión de demencia no es en nuestros tiempos un cargo muy grave. Desde que un eminente fisiólogo descubrió que hay fronteras entre la razón y la locura, se me ha ocurrido que los que marchan valerosamente hasta la línea divisoria, para impedir una invasión de la insensatez en territorio del juicio, penetran también, sin darse cuenta de ello, en las famosas “regiones fronterizas”. Y para concluir, no encuentro, al querer definir acabadamente a este poeta niño, más que un apóstrofe: “Odu, orolige! . . . Oh tú, el Inquieto!”, exclamo yo también, como Drachman le ha dicho a Strindberg.